

Claroscuros del trienio de Maragall

Antón Costas

Catedrático de Política Económica de la Universitat de Barcelona

46

Cuando dentro de dos o tres generaciones se escriba y se estudie en las escuelas la historia de Cataluña y de España en el primer tercio del siglo XXI, ¿qué dirán los historiadores acerca de la breve presidencia de Pasqual Maragall? ¿Cómo explicarán su auge y caída? ¿Cómo juzgarán la tarea hecha durante los mil días del gobierno catalanista y de progreso? ¿Qué permanecerá de esa tarea y que será borrado por el filtro de la memoria?

Es difícil tomar la distancia necesaria para enjuiciar con desapasionamiento este período intenso que acabamos de vivir. La implicación emocional contamina el juicio que cada uno puede hacer de su propia época. Sólo el paso del tiempo permite ver con claridad lo que hubo de novedoso y permanente en cada etapa. Pero, aún así, podemos

hacer el ejercicio intelectual de intentar anticipar como verán los historiadores la etapa de Pasqual Maragall al frente de la Generalitat.

El trienio catalanista y de progreso

Es posible que en el futuro los libros de historia hablen del «Tienio catalanista y de progreso» para referirse a esta breve etapa de la política catalana del primer tercio del siglo XXI. En algunos sentidos, se asemeja a los «trienios liberales» del siglo XIX español: fases cortas, pero de intenso cambio, en las que emergen nuevas fuerzas políticas que alteran los mecanismos tradicionales de poder dentro de la sociedad.

En el pasado, esas fases cortas e intensas fueron seguidas de largas épocas de dominio conservador y aún de retrocesos en

las reformas. De hecho, un rasgo característico de la política española durante los períodos constitucionales anteriores a la Constitución de 1978 era que los gobiernos progresistas no duraban más allá de un bienio, o un trienio, mientras que las fases de gobierno conservador se medían por décadas. Esa pauta se rompió en España en 1978, fecha a partir de la cual ha existido un cierto equilibrio en el poder, con ventaja para las fuerzas de centro izquierda.

En Cataluña, el trienio de gobierno catalanista y de progreso de 2004-2006 rompió el período de más de dos décadas de hegemonía conservadora de la coalición de CiU.

Este recurso a nuestra historia política quizá nos pueda ayudar a comprender mejor la retirada política de Pasqual Maragall. Más allá de traiciones,

contubernios nocturnos, pactos de palacio y noches de cuchillos largos –que de todo esto parece haber existido–, estas fases de intenso cambio en la hegemonía política y emergencia de nuevos liderazgos acostumbra a ser cortas. Tiene su lógica. La propia densidad de las transformaciones, el ruido, los temores, los riesgos y los miedos a rupturas de la cohesión y la unidad que acompañan a estas fases de reforma radical hacen que necesariamente sean breves, y que acostumbren a llevarse consigo a los políticos que las han impulsado. O se es reformador o se es gestor de lo existente, pero ambas cosas, aunque sea de forma sucesiva, son difíciles de conciliar en una misma persona. Y Maragall optó por la reforma y el cambio.

La cuestión es ahora saber si esas reformas se mantendrán y consolidarán. Si es así, la presidencia de Maragall no habrá sido una etapa efímera, sino la puerta de una nueva era en la política catalana. El futuro lo dirá.

Buenas políticas no hacen una buena política

Lo que sí podemos es intentar hacer un cierto balance de la

política y de las políticas públicas de los mil días del gobierno presidido por Maragall.

En cuanto a la política, el principal invento fue el gobierno «tripartito», una nueva coalición de fuerzas políticas nacida con la ambición «maragalliana» de abrir una nueva era en la política catalana. Una era que buscaba superar la visión y la práctica política que han caracterizado las relaciones entre los nacionalismos españoles y catalanes a lo largo de los últimos cien años, para tratar de construir un nuevo marco de relaciones entre los pueblos de España, sobre la base de la confianza, la colaboración y la convivencia

en una casa común. Una casa común o una nueva idea de España, o de las Españas, en la que pudiesen convivir federalistas y soberanistas.

En cuanto a las políticas públicas, la idea básica de Maragall era desarrollar nuevas políticas económicas y sociales de progreso. Por un lado, políticas que fortaleciesen las condiciones de ciudadanía y bienestar de las personas. Por otro, políticas orientadas a favorecer la adaptación y la competitividad de los sectores productivos a la nueva escala de la economía mundial.

En términos generales, mi impresión es que durante el tri-

**Maragall optó por la reforma y el cambio.
La cuestión es ahora saber si esas reformas
se mantendrán y consolidarán.
Si es así, la presidencia de Maragall
no habrá sido una etapa efímera,
sino la puerta de una nueva era
en la política catalana.**

nio del tripartito se ha introducido innovación en el diseño, y acierto en la gestión, de algunas políticas públicas, como las relacionadas con la rehabilitación de barrios, la vivienda, la enseñanza, la sanidad, los mayores, los servicios sociales, la justicia o la competitividad de la economía, entre otras.

48

Pero, buenas políticas no hacen por sí solas una buena política. Y, por el contrario, una mala política acaba por tapar o anular las buenas políticas.

La política del tripartito ha estado lastrada por dos tipos de factores. El primero fue de naturaleza coyuntural, relacionado con la falta de experiencia previa de gobierno y con la ausencia de reglas claras en el funcionamiento interno. Con la ausencia de cultura de coalición, que sólo se adquiere con la experiencia. El resultado fue que, más que uno, existieron tres gobiernos a la vez. Todo ello dio como resultado una percepción pública de debilidad y falta de liderazgo político.

En todos los campos de la actividad humana, el aprendizaje tiene un coste. En política, ese aprendizaje tiene además un coste social importante. Por su origen y naturaleza, era de esperar que el tripartito tuviera un coste social de aprendizaje. Pero fue mayor de lo previsto. La causa estuvo, sin embargo, en otro factor.

La escala global de la economía y el espacio para la identidad particular

Probablemente, lo que más lastró la tarea del tripartito –y la propia autoridad, influencia y trayectoria política de Pasqual Maragall–, fue un factor más estructural, relacionado con la forma como los partidos catalanistas y nacionalistas, ya sean de izquierda o de derecha, intentan conciliar sus objetivos de construcción nacional y autogobierno, con la realidad social, económica y política global en la que está inmersa la sociedad y la economía catalana de este inicio del siglo XXI.

No me refiero únicamente al exceso de carga identitaria y simbólica con la que nació el tripartito –escenificada magníficamente en el acto de la firma del Pacto del Tinell– y que des-

En términos generales, durante el trienio del tripartito se ha introducido innovación en el diseño, y acierto en la gestión, de algunas políticas públicas, como las relacionadas con la rehabilitación de barrios, la vivienda, la enseñanza, la sanidad, los mayores, los servicios sociales, la justicia o la competitividad de la economía, entre otras.

pués acompañó a todo el proceso posterior de elaboración y aprobación del Estatuto. Ese exceso de carga identitaria y simbólica generó conflictos ficticios e innecesarios, tanto dentro de la propia sociedad catalana, como con el resto de pueblos de España. Pero si sólo fuese eso podríamos pensar que era algo inevitable y pasajero, propio de una fase estatutaria que tenía algo de constituyente, pero que ese exceso se iría corrigiendo con el paso del tiempo.

Hablo de algo más estructural. La economía catalana está inmersa en una economía de escala global. La sociedad catalana es una sociedad también cada vez más globalizada, menos homogénea en sus orígenes e identidades. Por su lado, la política también es cada vez más global. Este espacio global es el que hay que conciliar con los intentos de construir las identidades particulares. De lo contrario, la economía, la política y la sociedad catalana se verán sometidas a conflictos cada vez más intensos.

En el campo de la economía, que es al final el que define los niveles de bienestar de las personas, un intento

La política del tripartito ha estado lastrada por la falta de experiencia previa de gobierno y la ausencia de reglas claras en el funcionamiento interno, la ausencia de cultura de coalición que sólo se adquiere con la experiencia. El resultado fue que, más que uno, existieron tres gobiernos a la vez. Todo ello dio como resultado una percepción pública de debilidad y falta de liderazgo político.

de construcción de la identidad particular que no tenga en cuenta la escala global en que se mueven la economía y las empresas bloqueará el crecimiento económico y el bienestar del país.

Creo que ese conflicto entre la escala global de la realidad en la que nos movemos y el espacio de las identidades fue la piedra contra la que chocó el tripartito de Maragall, y que condicionó algunas de sus políticas, especialmente en el

campo de la regulación económica.

Ese sigue siendo, a mi juicio, el reto que tienen por delante el catalanismo progresista y los futuros tripartitos: conciliar el espacio de la identidad particular con una economía, una sociedad y una política que son cada vez más globales. Si lo consiguen hablaremos de décadas de gobierno progresista en vez de trienios.

